
CASSANDRA CLARE
CAZADORES DE SOMBRAS
6. CIUDAD DEL FUEGO CELESTIAL
DESTINO

la Isla del Tiempo

CAZADORES DE SOMBRAS

CIUDAD DEL FUEGO CELESTIAL

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Mortal Instruments Book 6: City of Heavenly Fire*
© 2014 by Cassandra Clare LLC
First published by Margaret K. McElderry Books, an imprint of
Simon & Schuster Children's Publishing Division.
© de la traducción: Patricia Nunes, 2014
Derechos de traducción cedidos a través de
Barry Goldblatt Literary LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria S.L.
Todos los derechos reservados
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2014
ISBN: 978-84-08-13193-9
Depósito legal: B. 15.183-2014
Impreso por Egedsa
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien
libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

LA PORCIÓN DE SU COPA

—Imagínate algo relajante. La playa de Los Ángeles... arena blanca, agua azul claro, tú paseándote por la orilla...

Jace abrió un ojo.

—Suena muy romántico.

El chico sentado frente a él suspiró y se pasó las manos por el desgreñado cabello oscuro. Aunque era un frío día de diciembre, los licántropos no notaban las bajas temperaturas tanto como los humanos, y Jordan se había sacado la chaqueta y se había subido las mangas. Estaban sentados uno frente al otro sobre un lecho de hierba amarillenta en un claro de Central Park, ambos con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y las palmas hacia arriba.

Un montículo rocoso se alzaba cerca de ellos. Había rocas grandes y pequeñas a partes iguales, y sobre una de las grandes se hallaban sentados Alec e Isabelle Lightwood. Cuando Jace alzó la vista, Isabelle lo estaba mirando y le lanzó un saludo de ánimo. Alec, al ver ese gesto, le dio en el hombro. Jace lo vio reñir a Izzy, probablemente diciéndole que no debía desconcentrar a Jace. Éste sonrió para sí. Ninguno de ellos tenía una razón para estar allí, pero de todas formas habían acudido, como «apoyo moral». Aunque Jace sospechaba que tenía más que ver con que Alec, últimamente, no soportaba estar

sin hacer algo; Isabelle no soportaba que su hermano estuviera solo, y ambos querían evitar estar con sus padres y en el Instituto.

Jordan chasqueó los dedos bajo la nariz de Jace.

—¿Estás prestando atención?

Jace frunció el ceño.

—Lo estaba, hasta que entramos en el terreno de los malos anuncios de viajes.

—Bueno, ¿qué es lo que te hace sentirte tranquilo y relajado?

Jace levantó las manos de las rodillas; en la posición del loto estaba empezando a notar calambres en las muñecas. Echó los brazos hacia atrás y se apoyó en ellos. Un viento helado agitó las pocas hojas muertas que aún colgaban de las ramas de los árboles. Contra el pálido cielo invernal, las hojas adquirían cierta elegancia, como dibujos hechos a tinta con plumilla.

—Matar demonios —contestó Jace—. Acabar con uno limpiamente es muy relajante. Los chapuceros son más molestos, porque después tienes que limpiar...

—No. —Jordan alzó las manos. Bajo las mangas de la camisa eran visibles los tatuajes que le rodeaban los brazos. *Shaantih, shaantih, shaantih*. Jace sabía que significaba «la paz que va más allá de la comprensión», y que supuestamente debías repetir la palabra tres veces, siempre que recitabas el mantra, para relajar la mente. Pero últimamente nada parecía relajarlo. El fuego en sus venas hacía que la mente también le fuera a cien; los pensamientos le llegaban demasiado deprisa, uno tras otro, como fuegos artificiales al estallar. Sueños tan vívidos y cargados de color como cuadros al óleo. Había probado a entrenar hasta agotarse; horas y horas en la sala de entrenamiento; sangre, moretones y sudor, y una vez, hasta dedos rotos. Pero no había conseguido mucho más que irritar a Alec pidiéndole runas de sanación y, en una ocasión memorable, hacer arder las vigas.

Había sido Simon quien le había contado que su compañero de piso meditaba todos los días, y quien le había dicho que adoptar esa costumbre era lo que le había calmado los incontrolables ataques de

rabia que a menudo formaban parte de la transformación en licántropo. Después de eso, no había costado nada que Clary le sugiriera a Jace que «por qué no lo probaba», y ahí estaban, en su segunda sesión. La primera había acabado cuando Jace había dejado una marca ardiente en el suelo de parqué de Simon y Jordan; por eso este último había sugerido que, para su segunda sesión, fueran a alguna otra parte y así evitar más daños a su propiedad.

—Nada de matar —dijo Jordan—. Estamos intentando que estés tranquilo. Sangre, muerte, guerra; eso no son cosas tranquilas. ¿No hay nada más que te guste?

—Las armas —contestó Jace—. Me gustan las armas.

—Comienzo a pensar que tenemos un problema de filosofía personal.

Jace se echó hacia adelante, las palmas apoyadas sobre la hierba.

—Soy un guerrero —replicó—. Me criaron como a un guerrero. No tuve juguetes, tuve armas. Dormí con una espada de madera hasta los cinco años. Mis primeros libros eran demonologías medievales con dibujos. Las primeras canciones que aprendí fueron los cantos para hacer desaparecer a los demonios. Sé lo que me tranquiliza, y no son las playas doradas o los pajaritos cantando en la jungla. Quiero un arma en la mano y una estrategia para vencer.

Jordan lo miró a los ojos.

—Me estás diciendo que lo que te da paz es la guerra.

Jace alzó las manos y se puso en pie, luego se sacudió la hierba de los tejanos.

—Por fin lo entiendes. —Oyó el crujido de la hierba seca y se volvió a tiempo de ver a Clary escabullirse en un espacio entre dos árboles y aparecer en el claro, con Simon sólo unos pasos por detrás. Clary tenía las manos en los bolsillos traseros y se estaba riendo.

Jace los observó durante un momento; era curioso mirar a gente que no sabía que estaba siendo observada. Recordó la segunda vez que había visto a Clary, al otro lado del salón principal de Java Jones. Ella reía y hablaba con Simon del mismo modo en que lo estaba ha-

ciendo en ese momento. Recordaba la desconocida punzada de celos en el pecho, el aliento contenido, la sensación de satisfacción cuando ella dejó a Simon y fue a hablar con él.

Las cosas habían cambiado. Había pasado de estar consumido de celos por Simon a respetar a regañadientes su tenacidad y valor, y hasta llegar a considerarlo un amigo, aunque dudaba de que nunca fuera a decir eso en voz alta. Jace observó a Clary lanzarle un beso mientras se alejaba con la melena roja recogida en una coleta saltando a su espalda. Era demasiado pequeña; delicada como una muñeca. Eso es lo que había pensado alguna vez, antes de enterarse de lo fuerte que era.

Clary fue hacia Jace y Jordan, y dejó a Simon escalar el terreno rocoso hasta donde estaban Alec e Isabelle. A llegar se dejó caer junto a Isabelle, que inmediatamente se inclinó hacia él para decirle algo, la cortina de su negra melena ocultándole el rostro.

Clary se detuvo ante Jace, meciéndose sobre los talones y sonriendo.

—¿Qué tal va?

—Jordan quiere que piense en la playa —respondió Jace muy serio.

—Es obstinado —le dijo Clary a Jordan—. Lo que quiere decir es que te lo agradece.

—La verdad es que no —replicó Jace.

Jordan soltó un bufido.

—Sin mí estaría dando saltos por la avenida Madison, con chispas saliéndole de todos los orificios. —Se puso en pie y se enfundó su chaqueta verde—. Tu novio está loco —le dijo a Clary.

—Sí, pero está bueno —repuso Clary—. Eso es lo que tiene.

Jordan hizo una mueca, pero de buen humor.

—Me voy —dijo—. He quedado con Maia en el centro. —Hizo una imitación de un saludo militar y se marchó; se metió entre los árboles y desapareció con el paso silencioso del lobo que era bajo la piel. Jace lo observó alejarse.

«Un salvador realmente inesperado», pensó.

Seis meses atrás no habría creído a nadie que le hubiera dicho que iba a acabar tomando clases de comportamiento de un licántropo.

Jordan, Simon y Jace habían entablado algo parecido a una amistad en los últimos meses. Jace no podía evitar emplear el apartamento de los otros dos como refugio, un lugar fuera de las presiones diarias del Instituto, lejos de todo lo que le recordaba que la Clave seguía sin estar preparada para la guerra contra Sebastian.

Erchomai.

Esa palabra rozó la mente de Jace como si fuera una pluma y lo hizo estremecerse. Vio el ala de un ángel arrancada del cuerpo, en medio de un charco de sangre dorada.

«Voy de camino.»

—¿Qué pasa? —preguntó Clary.

De repente, Jace parecía estar a un millón de kilómetros de allí. Desde que el fuego celestial le había entrado en el cuerpo, tendía a perderse más a menudo dentro de su cabeza. Clary tenía la sensación de que era uno de los efectos secundarios de reprimir sus emociones. Notó una pequeña punzada. Jace, cuando ella lo conoció, era tan controlado..., sólo un hilillo de su yo real se había escapado entre las grietas de su armadura emocional, como luz entre las rendijas de una pared. Había costado mucho romper esas defensas. En esos momentos, sin embargo, el fuego que tenía en las venas lo estaba obligando a levantarlas de nuevo, a reprimir sus emociones en aras de la seguridad. Pero cuando el fuego se apagara, ¿sería capaz de volver a desmantelarlas?

Jace parpadeó; la voz de Clary lo había hecho regresar. El sol invernal era alto y frío, le afilaba los huesos del rostro y les daba relieve a las ojeras. Jace le cogió la mano y respiró hondo.

—Tienes razón —dijo en la voz más baja y seria que reservaba sólo para ella—. Sí que me ayudan... las clases con Jordan. Me ayudan y se lo agradezco.

—Lo sé. —Clary le rodeó la cintura con el brazo. Le notó la piel caliente; desde su encuentro con *Gloriosa* parecía tener un par de grados más de lo normal. El corazón aún marcaba su ritmo conocido y firme, pero la sangre que le pasaba por las venas parecía pulsar bajo el tacto de Clary con la energía cinética de un fuego a punto de prender.

Se puso de rodillas para besarlo en la mejilla, pero él se volvió y sus labios se rozaron. Desde que el fuego había comenzado a rugirle en las venas, sólo se habían besado, e incluso eso, con cuidado. Jace rozó suavemente la boca de ella, cerrándole la mano en el hombro. Durante un momento se quedaron cuerpo contra cuerpo, y ella notó el golpeteo y el latido de la sangre de Jace. Él la acercó más a sí, y una chispa punzante y seca saltó entre ellos, con el chasquido de la electricidad estática.

Jace rompió el beso y se apartó soltando el aire contenido. Antes de que Clary pudiera decir nada, un coro de aplausos sarcásticos se elevó desde la colina cercana. Simon, Isabelle y Alec los saludaron con la mano. Jace hizo una reverencia mientras Clary se apartaba con timidez y colgaba los pulgares del cinturón de los vaqueros.

Jace suspiró.

—¿Vamos con nuestros molestos amigos *voyeurs*?

—Por desgracia, son los únicos amigos que tenemos. —Clary le dio con el hombro en el brazo y fueron hacia las rocas. Simon e Isabelle estaban juntos, hablando en voz baja. Alec se sentaba un poco aparte, y miraba la pantalla de su móvil con una expresión de intensa concentración.

Jace se dejó caer junto a su *parabatai*.

—He oído decir que si miras esa cosas lo suficiente, acaban por sonar.

—Ha estado enviando mensajes a Magnus —reveló Isabelle, echándole una mirada de desaprobación.

—No es cierto —replicó Alec automáticamente.

—Sí que lo es —rebatió Jace, y estiró el cuello para mirar por

encima del hombro de Alec—. Y llamándolo. Puedo ver tus llamadas realizadas.

—Es su cumpleaños —se excusó Alec, y cerró su móvil. Esos días parecía más pequeño, casi demacrado bajo su gastado jersey azul con agujeros en los codos; los labios mordidos y resecos. A Clary le daba pena. Se había pasado las primeras semanas después de que Magnus rompiera con él en una especie de duermevela de tristeza e incredulidad. Ninguno de ellos podía creerlo. Clary siempre había pensado que Magnus amaba a Alec, que lo amaba de verdad; y era evidente que Alec también lo había creído.

—No quería que pensara que yo no... que pensara que me había olvidado.

—Estás comiéndote el coco —lo reconvino Jace.

Alec se encogió de hombros.

—Mira quién habla. «Oh, la quiero. Oh, es mi hermana. Oh, ¿por qué, por qué...?»

Jace le tiró un puñado de hojas secas a la cara, y Alec tuvo que escupir.

Isabelle se rio.

—Sabes que tiene razón, Jace.

—Dame tu móvil —ordenó Jace, sin hacer caso a Isabelle—. Va, Alexander.

—No es asunto tuyo —replicó Alex, apartando el móvil—. Olvídate, ¿vale?

—No comes, no duermes, te pasas el día mirando el móvil, y ¿se supone que debo olvidarlo? —soltó Jace. Su voz sonaba muy agitada; Clary sabía lo mal que le sentaba que Alec fuera infeliz, pero no estaba tan segura de que Alec lo supiera. En circunstancias normales, Jace habría matado, o al menos amenazado, a cualquiera que hubiera hecho daño a Alec, pero esto era diferente. A Jace le gustaba ganar, pero no se podía ganar cuando se trataba de un corazón roto, incluso si era el de otra persona, de alguien a quien se quería.

Jace se inclinó y le arrebató el móvil de las manos a su *parabatai*.

Alec protestó y trató de recuperarlo, pero Jace lo sujetó con una mano mientras con la otra pasaba hábilmente por la pantalla de mensajes.

—«Magnus, llámame. Necesito saber si estás bien...» —Jace negó con la cabeza—. Vale, no. Simplemente no. —Con un movimiento firme partió el móvil en dos. La pantalla se quedó en blanco y Jace dejó caer los trozos al suelo—. Aquí lo tienes.

Alec miró los restos sin poder creérselo.

—¡Me has ROTO EL MÓVIL!

Jace se encogió de hombros.

—Los tíos no dejan que los otros tíos no paren de llamar a otros tíos. De acuerdo, eso ha quedado muy mal. Los amigos no dejan que sus amigos no paren de llamar a sus ex y colgar. Tienes que parar.

Alec parecía furioso.

—Así que has roto mi móvil nuevo, ¿no? Pues muchas gracias.

Jace sonrió beatíficamente y se tumbó sobre la roca.

—De nada.

—Míralo por el lado bueno —intervino Isabelle—. No podrás recibir más mensajes de mamá. Hoy ya me ha escrito seis veces. He apagado el teléfono. —Se palmeó el bolsillo mientras le lanzaba una mirada cómplice.

—¿Y qué quiere? —preguntó Simon.

—Reuniones constantes —respondió Isabelle—. Declaraciones. La Clave sigue queriendo oír lo que pasó cuando luchamos contra Sebastian en el Burren. Todos hemos tenido que contarlo como unas cincuenta veces. Cómo Jace absorbió el fuego celestial de *Gloriosa*. Descripciones de los cazadores oscuros, la Copa Infernal, las armas que usaban, las runas que llevaban encima. Cómo íbamos vestidos, cómo iba vestido Sebastian, cómo iba vestido cada uno. Igual que una línea porno, pero aburrido.

Simon hizo un sonido ahogado.

—Qué creemos que quiere Sebastian —añadió Alec—. Cuándo volverá. Qué hará cuando vuelva.

Clary apoyó los codos en las rodillas.

—Siempre es bueno saber que la Clave tiene un plan bien pensado y seguro.

—No quieren creerlo —dijo Jace, mirando al cielo—. Ése es el problema. Por muchas veces que les contemos lo que vimos en el Burren; por mucho que les digamos lo peligrosos que son los Oscurecidos. No quieren creer que se pueda corromper a los nefilim; que los propios cazadores de sombras puedan matar a cazadores de sombras.

Clary había estado allí cuando Sebastian creó a los primeros Oscurecidos. Había visto la falta de expresión en sus ojos, la furia con la que luchaban. Aquello la había aterrorizado.

—Ya no son cazadores de sombras —añadió en voz baja—. Ya no son personas.

—Es difícil de creer si no lo has visto —apuntó Alec—. Y Sebastian sólo tiene a unos cuantos. Una pequeña fuerza, repartida; no quieren creer que sea una auténtica amenaza. O si es una amenaza, prefieren creer que era más una amenaza para nosotros, los de Nueva York, que para todos los cazadores de sombras en general.

—No se equivocan al pensar que si a Sebastian le importa algo, ese algo es Clary —admitió Jace, y Clary sintió un escalofrío en la espalda, una mezcla de asco y recelo—. No tiene sentimientos, no como nosotros, pero si los tuviera, los tendría por ella. Y los tiene con Jocelyn. La odia. —Se detuvo pensativo—. Pero no creo que vaya a atacar directamente aquí. Demasiado... evidente.

—Espero que le hayas dicho eso a la Clave —dijo Simon.

—Como unas mil veces —asintió Jace—. Creo que no tiene una gran opinión de mis percepciones.

Clary se miró las manos. Había declarado ante la Clave, como todos ellos; había respondido a todas sus preguntas. Aunque había cosas sobre Sebastian que no les había contado, que no había contado a nadie. Cosas que él le había dicho que quería de ella.

No había soñado mucho desde que habían regresado del Burren con las venas de Jace llenas de fuego, pero en esas pocas ocasiones había tenido pesadillas. Siempre eran sobre su hermano.

—Es como tratar de luchar contra un fantasma —soltó Jace—. No pueden localizar a Sebastian, no pueden encontrarlo, no pueden encontrar a los cazadores de sombras que ha transformado.

—Están haciendo todo lo posible —intervino Alec—. Están reforzando todas las salvaguardas alrededor de Idris y Alacante. Todas las salvaguardas, de hecho. Han enviado docenas de expertos a la isla de Wrangel.

La isla de Wrangel era el centro de todas las salvaguardas del mundo, los hechizos que protegían el globo, y a Idris en particular, de los demonios y sus invasiones. La red de salvaguardas no era perfecta, y a veces se colaban algunos demonios, pero Clary no quería ni imaginarse lo mal que se pondrían las cosas si las salvaguardas dejaran de existir.

—He oído decir a mamá que los brujos del Laberinto Espiral han estado buscando un modo de invertir los efectos de la Copa Infernal —comentó Isabelle—. Claro que sería mucho más fácil si tuvieran los cadáveres para estudiarlos...

Dejó la frase a medias; Clary sabía por qué. Los cadáveres de los cazadores oscuros muertos en el Burren se habían llevado a la Ciudad de Hueso para que los examinaran los Hermanos Silenciosos. Pero los Hermanos no habían tenido esa oportunidad. En una noche, los cadáveres se habían descompuesto como si llevaran décadas muertos. Lo único que pudieron hacer fue quemar los restos.

Isabelle continuó con lo que estaba diciendo.

—Y las Hermanas de Hierro están haciendo armas a destajo. Estamos recibiendo miles de cuchillos serafines, espadas, *chakhrams*, de todo... forjados con fuego celestial. —Miró a Jace. En los días después de la batalla del Burren, cuando el fuego le ardía a Jace en las venas con una violencia que a veces le hacía gritar de dolor, los Hermanos Silenciosos lo habían examinado una y otra vez, le habían hecho pruebas con hielo y llamas, con metal bendito y frío hierro, tratando de ver si había alguna manera de extraerle el fuego, de contenerlo.

No la habían encontrado. El fuego de *Gloriosa*, que antes había

estado contenido en una espada, parecía no tener ninguna prisa en habitar otra, o en cambiar el cuerpo de Jace por cualquier otro contenedor. El hermano Zachariah le había dicho a Clary que, en los primeros días de los cazadores de sombras, los nefilim habían tratado de atrapar el fuego celestial en un arma, algo que pudiera blandirse contra los demonios. Nunca lo habían conseguido, y finalmente los cuchillos serafines habían pasado a ser su mejor arma. Al final, los Hermanos Silenciosos habían vuelto a rendirse. El fuego de *Gloriosa* quedó enrollado en las venas de Jace como una serpiente, y lo mejor que podían esperar era conseguir controlarlo para que no lo destruyera.

Se oyó el pitido de un mensaje de texto entrante; Isabelle había vuelto a encender el móvil.

—Mamá dice que volvamos ya al Instituto —explicó—. Hay una reunión. Tenemos que asistir. —Se puso en pie y se sacudió el vestido—. Te invitaría a venir —le dijo a Simon—, pero ya sabes, estás excluido por ser un no muerto y todo eso.

—Lo sé —asintió Simon mientras se ponía en pie. Clary se levantó y le tendió la mano a Jace. Éste la cogió y se incorporó.

—Simon y yo nos vamos de compras de Navidad —informó Clary—. Y no podéis venir ninguno de vosotros, porque vamos a comprar vuestros regalos.

Alec parecía horrorizado.

—Oh, Dios. ¿Quiere decir eso que tengo que compraros regalos?

Clary negó con la cabeza.

—¿Acaso los cazadores de sombras no...? Ya sabéis..., Navidad. —De repente recordó un día de Acción de Gracias bastante angustioso en casa de Luke, cuando Jace, al pedirle que trinchara el pavo, se había lanzado sobre el bicho con una espada hasta que no quedaron más que finas láminas del ave. Quizá no.

—Intercambiamos regalos, honramos el cambio de estaciones —contestó Isabelle—. Solíamos tener una fiesta invernal del Ángel. Celebraba el día que Jonathan Cazador de Sombras recibió los Ins-

trumentos Mortales. Creo que los cazadores de sombras se enfadaron por no poder disfrutar de las celebraciones mundanas, así que muchos Institutos hacen fiestas de Navidad. La del de Londres es famosa. —Se encogió de hombros—. Pero no creo que nosotros vayamos a hacer una... este año.

—Oh. —Clary se sintió fatal. Claro que no quería celebrar la Navidad después de perder a Max—. Bueno, al menos dejadnos que os compremos los regalos. No tiene por qué haber una fiesta ni nada de eso.

—De acuerdo. —Simon alzó los brazos—. Yo tengo que comprar regalos de Hanukkah. Es obligatorio según la ley judía. El Dios de los judíos es un Dios furioso. Y le van mucho los regalos.

Clary le sonrió. A Simon cada vez le costaba menos decir la palabra «Dios».

Jace suspiró y besó a Clary; un rápido roce de despedida de los labios en la sien de ella, pero la hizo estremecerse. No poder tocar ni besar a Jace estaba comenzando a ponerla muy nerviosa. Le había prometido que nunca importaría, que lo amaría incluso si no podía volver a tocarlo, pero odiaba esa situación, odiaba perderse la sensación de seguridad que siempre le daba el modo en que encajaban juntos físicamente.

—Te veré después —dijo Jace—. Vuelvo con Alec e Izzy...

—No, para nada —exclamó Isabelle inesperadamente—. Le has roto el móvil a Alec. Vale que todos llevábamos semanas queriendo que lo hicieras...

—¡Isabelle! —exclamó Alec.

—Pero eres su *parabatai*, y el único que no ha ido a ver a Magnus. Ve a hablar con él.

—¿Y a decirle qué? —replicó Jace—. No puedes convencer a la gente para que no rompa contigo... O quizá sí —añadió rápidamente al ver la expresión de Alec—. ¿Quién puede decirlo? Iré a probar.

—Gracias. —Alec le dio una palmada en el hombro—. He oído que, cuando quieres, puedes ser encantador.

—Yo también lo he oído —replicó Jace, y echó a correr de espaldas. Incluso eso lo hacía con gracia, pensó Clary tristemente. Y sexy. Sin duda también resultaba sexy. Alzó la mano para despedirse sin ganas.

—Hasta luego —dijo, y pensó para sí: «Si aún no he muerto de frustración».

Los Fray nunca habían sido una familia religiosa, pero a Clary le encantaba la Quinta Avenida en Navidad. El aire olía a castañas asadas, y los escaparates brillaban de color plata y azul, verde y rojo. Ese año había gruesos cristales redondos haciendo de copos de nieve en todas las farolas, y reflejaban los rayos del sol invernal en colores dorados. Por no hablar del enorme árbol ante el Rockefeller Center. Su sombra cayó sobre ellos cuando se pegaron a la verja que rodeaba la pista de patinaje para observar a los turistas caer mientras trataban de avanzar sobre el hielo.

Clary sujetaba en las manos un vaso de chocolate caliente, y su calor se le extendía por el cuerpo. Se sentía casi normal; eso, ir a la Quinta para ver los escaparates y el árbol, había sido una tradición invernal de Simon y ella desde que podía recordar.

—Es como en los viejos tiempos, ¿verdad? —comentó Simon, haciéndose eco de los pensamientos de Clary mientras apoyaba la barbilla en los brazos doblados.

Ella lo miró de reojo. Simon llevaba un abrigo negro y una bufanda negra que acentuaban la palidez de su piel. Tenía los ojos ensombrecidos, lo que indicaba que no se había alimentado de sangre recientemente. Aparentaba lo que era: un vampiro hambriento y cansado.

«Bueno —pensó Clary—. Casi como en los viejos tiempos.»

—Más gente a la que comprar regalos —dijo en voz alta—. Además de la siempre traumática pregunta de qué comprar en las primeras Navidades a alguien con quien has empezado a salir.

—¿Qué comprarle a un cazador de sombras que lo tiene todo? —bromeó Simon sonriendo.

—Lo que más le gusta a Jace son las armas —dijo Clary—. También le gustan los libros, pero tiene una enorme biblioteca en el Instituto. Le gusta la música clásica... —Se animó de repente. Simon era músico. Aunque su grupo era terrible y siempre estaba cambiando de nombre (en ese momento se llamaban Suflé Letal), era evidente que tenía formación musical—. ¿Qué le regalarías a alguien a quien le gusta tocar el piano?

—Un piano.

—Simon...

—¿Un enorme metrónomo que también pueda emplear como arma?

Clary suspiró exasperada.

—Partituras. Rachmaninoff es difícil, pero a él le gustan los retos.

—Buena idea. Voy a ver si hay alguna tienda de música por aquí. —Clary, acabado el chocolate, tiró el vaso a una papelera y sacó el móvil—. ¿Y tú qué? ¿Qué le vas a regalar a Isabelle?

—No tengo ni la más remota idea —contestó Simon. Comenzaron a caminar hacia la avenida, donde un torrente de peatones se acumulaba delante de los escaparates atascando la calle.

—Oh, vamos. Isabelle es fácil.

—Estás hablando de mi novia. —Simon frunció las cejas—. Eso creo. No estoy seguro. No lo hemos hablado. Lo de la relación, me refiero.

—Tienes que DLR, Simon.

—¿Qué?

—Definir la relación. Qué es, hacia dónde va... ¿Sois novios, es sólo por divertiros, «es complicado» o qué? ¿Cuándo se lo va a decir a sus padres? ¿Puedes ver a otra gente?

Simon palideció aún más.

—¿Qué? ¿De verdad?

—De verdad. Mientras tanto... ¡perfume! —Clary agarró a Simon

por el cuello del abrigo y lo metió en una tienda de cosméticos. Por dentro era enorme, con filas de botellitas brillantes por todas partes—. Y algo poco corriente —continuó Clary, mientras se dirigía hacia la zona de las fragancias—. Isabelle no querrá oler como las demás. Querrá oler a higos, o a vetiver, o a...

—¿Higos? ¿Los higos huelen? —Simon parecía horrorizado; Clary estaba a punto de echarse a reír cuando su móvil emitió un zumbido. Era su madre.

«¿Dónde estás?»

Clary puso los ojos en blanco y respondió al mensaje. Jocelyn aún se ponía nerviosa cuando pensaba que Clary estaba con Jace. Aunque, como su hija le había dejado bien claro, seguramente Jace era el novio más seguro del mundo, ya que era como si tuviera prohibido (1) enfadarse, (2) hacer cualquier cosa de tipo sexual y (3) hacer nada que le produjera una subida de adrenalina.

Por otro lado, había estado poseído; su madre y ella lo habían visto quedarse quieto mientras Sebastian amenazaba a Luke. Clary aún no había hablado con él de todo lo que había visto en el apartamento que compartió con Jace y Sebastian durante aquel breve tiempo fuera del tiempo, una mezcla de sueño y pesadilla. Nunca le había dicho a su madre que Jace había matado a gente; había cosas que Jocelyn no tenía por qué saber, cosas a las que ni Clary misma quería enfrentarse.

—Hay tantas cosas en esta tienda que a Magnus le gustarían... —comentó Simon mientras cogía una botella de purpurina corporal suspendida en algún tipo de aceite—. ¿Va contra las normas comprar un regalo a alguien que ha roto con tu amigo?

—Supongo que eso depende. ¿Magnus es más amigo que Alec?

—Alec recuerda mi nombre —respondió Simon, y dejó la botella en el estante—. Y me da pena. Entiendo por qué Magnus lo ha hecho, pero Alec está tan deprimido... Me parece que si alguien te ama, debería perdonarte, si tú realmente lo lamentas.

—Creo que depende de lo que hayas hecho —aportó Clary—. No

me refiero a Alec; hablo en general. Estoy segura de que Isabelle te perdonaría cualquier cosa —añadió a toda prisa.

Simon no parecía muy seguro.

—Quédate quieto —le pidió Clary mientras le acercaba una botella a la cabeza—. En tres minutos voy a olerte el cuello.

—Bueno, no me lo esperaba —bromeó Simon—. Has tardado mucho en dar este paso, Fray, eso no te lo negaré.

Clary no se molestó en replicarle; aún estaba pensando en lo que había dicho Simon sobre perdonar, y recordó algo más, la voz de alguien, su rostro y sus ojos. Sebastian sentado frente a ella a una mesa en París.

«¿Crees que puedes perdonarme? Quiero decir, ¿crees que el perdón es posible para alguien como yo?»

—Hay cosas que nunca se pueden perdonar —afirmó finalmente—. Nunca podré perdonar a Sebastian.

—No lo amas.

—No, pero es mi hermano. Si las cosas fueran diferentes...

«Pero no lo son.»

Clary dejó a un lado ese pensamiento y se inclinó para inspirar.

—Hueles a higos y albaricoques.

—¿De verdad crees que Isabelle quiere oler como un plato de fruta seca?

—Quizá no. —Clary cogió otra botella—. Y ¿qué vas a hacer?

—¿Cuándo?

Clary alzó la mirada, ponderando en qué se diferenciaría una tuberosa de una rosa normal, y vio a Simon que la miraba con los ojos cargados de confusión.

—Bueno —explicó Clary—, no puedes vivir para siempre con Jordan, ¿no? Está la universidad...

—Tú no vas a ir a la universidad —la cortó Simon.

—No, pero soy una cazadora de sombras. Estudiamos hasta los dieciocho y luego nos envían a otros Institutos; ésa es nuestra universidad.

—No me gusta la idea de marcharme. —Metió las manos en los bolsillos del abrigo—. No puedo ir a la universidad —afirmó—. Mi madre no es que esté pensando precisamente en pagármela, y no puedo conseguir un préstamo de estudiante. Además, ¿cuánto tardarían los de la facultad en darse cuenta de que ellos se hacen mayores y yo no? Los chicos de dieciséis años no parecen universitarios de último año, no sé si te habrás fijado.

Clary dejó otra botella sobre el estante.

—Simon...

—Quizá debería comprarle algo a mi madre —soltó Simon con amargura—. ¿Qué es lo que dice: «Gracias por echarme de casa y hacer como si estuviera muerto»?

—¿Unas orquídeas?

Pero Simon ya no tenía ganas de bromear.

—Quizá no sea como en los viejos tiempos —repuso—. Yo te habría comprado lápices, cosas de dibujo..., pero ya no dibujas, ¿verdad?, excepto con la estela. Tú no dibujas y yo no respiro. No se parece mucho al año pasado.

—Tal vez deberías hablar con Raphael —sugirió Clary.

—¿Raphael?

—Él sabe cómo viven los vampiros —explicó—, cómo se montan la vida, cómo consiguen dinero, cómo cogen pisos... Él sabe todas esas cosas. Podría ayudarte.

—Podría, pero no lo hará —respondió Simón, ceñudo—. No he sabido nada del grupo de Dumort desde que Maureen reemplazó a Camille. Sé que Raphael es su segundo. Estoy convencido de que aún cree que llevo la Marca de Caín; si no ya habría enviado a alguien a por mí. Es cuestión de tiempo.

—No. No van a tocarte. Sería la guerra con la Clave. El Instituto lo ha dejado muy claro —le recordó Clary—. Estás protegido.

—Clary, ninguno de nosotros está protegido.

Antes de que ella pudiera responder, oyó que alguien la llamaba. Totalmente sorprendida, miró hacia allí y vio a su madre que se abría

paso entre la multitud de compradores. A través de la ventana pudo ver a Luke esperando en la acera. Con su camisa de franela, parecía fuera de lugar entre los elegantes neoyorquinos.

Jocelyn consiguió deslizarse entre el gentío, llegó hasta ellos y abrazó a Clary. Ésta, anonadada, miró por encima del hombro de su madre a Simon, que hizo un gesto de indiferencia. Finalmente, Jocelyn la soltó y dio un paso atrás.

—Estaba tan preocupada de que algo pudiera haberte ocurrido...

—¿En Sephora? —preguntó Clary.

Jocelyn frunció elceño.

—¿No te has enterado? Supuse que Jace ya te habría enviado un mensaje.

Clary notó un frío repentino en las venas, como si hubiera tragado agua helada.

—No. Yo... ¿Qué está pasando?

—Lo siento, Simon —dijo Jocelyn—, pero Clary y yo debemos ir inmediatamente al Instituto.

El piso de Magnus no había cambiado mucho desde la primera vez que Jace estuvo allí. La misma pequeña entrada, la solitaria bombilla de luz amarilla. Jace usó una runa de apertura para entrar por la puerta de la calle, subió la escalera de dos en dos y llamó al timbre del apartamento de Magnus. Supuso que eso era más seguro que emplear otra runa. Después de todo, Magnus podía estar jugando con la consola desnudo o, en realidad, haciendo cualquier otra cosa. ¿Quién sabía a qué se dedicaban los brujos en su tiempo libre?

Jace tocó el timbre de nuevo, esta vez apretándolo con firmeza. Dos largos timbrazos más y, finalmente, Magnus abrió la puerta de golpe, con cara de furia. Llevaba un batín de seda negra sobre una camisa blanca de vestir y pantalones de *tweed*. Iba descalzo. Tenía el cabello alborotado y una sombra de barba en el mentón.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber.

—Vaya, vaya —replicó Jace—. ¡Qué recibimiento!

—Es porque no quiero recibirte.

Jace alzó una ceja.

—Creía que éramos amigos.

—No. Tú eres amigo de Alec. Alec era mi novio, así que he tenido que aguantarte. Pero ya no es mi novio, así que no tengo por qué aguantarte más. Aunque no parece que ninguno de vosotros os hayáis dado cuenta. Tú debes de ser el... ¿cuarto? de vosotros que me molesta. —Magnus contó con sus largos dedos—. Clary. Isabelle. Simon...

—¿Simon ha pasado por aquí?

—Pareces sorprendido.

—No creía que le importara tanto tu relación con Alec.

—No tengo ninguna relación con Alec —replicó Magnus secamente, pero Jace ya se había colado y estaba en el salón, mirando alrededor con curiosidad.

Una de las cosas que a Jace siempre le había gustado del piso de Magnus, aunque lo mantenía en secreto, era que rara vez era igual que la anterior. En ocasiones era como un gran *loft* moderno. Otras parecía un burdel francés, o un fumadero de opio victoriano, o el interior de una nave espacial. Sin embargo, en ese momento estaba oscuro y desordenado. Pilas de cajas de comida china cubrían la mesita de café. *Presidente Miau* estaba tumbado en una alfombra, con las cuatro patas tiesas al frente, como un ciervo muerto.

—Aquí huele a corazón roto —soltó Jace.

—Es la comida china. —Magnus se echó sobre el sofá y estiró las largas piernas—. Va, acaba de una vez. Di lo que hayas venido a decir.

—Creo que deberías volver con Alec —le espetó Jace.

Magnus puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué?

—Porque lo está pasando fatal —contestó Jace—. Y porque lo lamenta. Lamenta lo que hizo. No volverá a hacerlo.

—Oh, ¿no volverá ir a mis espaldas a ver a una de mis ex para planear cómo acortarme la vida? Muy noble por su parte.

—Magnus...

—Además, Camilla está muerta. Así que aunque quisiera no puede volver a hacerlo.

—Ya sabes a lo que me refiero —insistió Jace—. No volverá a mentirte o a engañarte o a ocultarte cosas o lo que sea que te haya hecho cabrear. —Se tumbó sobre un sillón orejero y alzó una ceja—. ¿Y bien?

Magnus se volvió de lado.

—¿Y a ti qué te importa si Alec lo pasa fatal?

—¿Que qué me importa? —alzó la voz Jace, tan fuerte que *Presidente Miau* se sentó de golpe, como si le hubieran soltado una descarga eléctrica—. Claro que me importa Alec; es mi mejor amigo, mi *parabatai*. Y es muy infeliz. Y tú también lo eres, por lo que parece. Cajas de comida para llevar por todos lados; no has hecho nada para cambiar el piso; tu gato parece muerto...

—No está muerto.

—Me importa Alec —afirmó Jace clavando la mirada en Magnus—. Me importa más él que yo mismo.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar —divagó Magnus mientras se arrancaba un trocito de esmalte de uñas— que todo ese asunto del *parabatai* es bastante cruel? Puedes escoger a tu *parabatai*, pero no puedes «desescogerlo». Incluso si se vuelve contra ti. Mira a Luke y a Valentine. Y aunque tu *parabatai* es la persona más cercana a ti en el mundo en cierto modo, no puedes enamorarte de él. Y si muere, parte de ti también muere.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre los *parabatai*?

—Conozco a los cazadores de sombras —respondió Magnus, y dio unas palmadas en el sofá para que *Presidente* se subiera; éste se acercó a él y lo empujó con la cabeza. Los largos dedos del brujo se hundieron en el pelaje del gato—. Desde hace mucho tiempo. Sois criaturas extrañas. Por un lado todo frágil nobleza y humanidad, y

por el otro el inconsciente fuego de los ángeles. —Miró a Jace—. Tú especialmente, Herondale, porque tienes el fuego de los ángeles en la sangre.

—¿Ya has tenido amigos cazadores de sombras antes?

—Amigos —repitió Magnus—. ¿Qué significa eso realmente?

—Lo sabrías —respondió Jace—, si tuvieras alguno. ¿Lo tienes? ¿Tienes amigos? Quiero decir, aparte de la gente que viene a tus fiestas. La mayoría de la gente te teme, o parecen deberte algo o te has acostado con ellos alguna vez, pero amigos... no veo que tengas muchos.

—Bueno, esto es una novedad —replicó Magnus—. Ninguno de los de tu grupo ha tratado nunca de insultarme.

—¿Y está funcionando?

—Si te refieres a que de repente siento el impulso de volver con Alec, no —contestó Magnus—. Me ha cogido un extraño antojo de pizza, pero eso puede que no tenga ninguna relación.

—Alec dijo que hacías eso —dijo Jace—. Refugiarte en las bromas para esquivar las preguntas demasiado personales.

Magnus entrecerró los ojos.

—¿Y soy yo el único que hace eso?

—Exactamente —respondió Jace—. Te lo dice alguien que sabe de lo que habla. Odias hablar de ti mismo, y prefieres hacer enfadar a la gente a darles pena. ¿Qué edad tienes, Magnus? La de verdad.

Magnus no contestó.

—¿Cómo se llamaban tus padres? ¿Tu padre?

Los ojos verde dorado de Magnus parecieron lanzar chispas cuando lo miraron.

—Si quisiera tumbarme en un diván y quejarme a alguien de mis padres, iría al psiquiatra.

—Ya —exclamó Jace—. Pero mis servicios son gratis.

—Eso he oído de ti.

Jace sonrió irónico y se deslizó hasta sentarse en el sillón. Había un cojín con la Union Jack en la otomana. Lo cogió y se lo puso detrás de la cabeza.

—No tengo que ir a ninguna parte. Me puedo quedar sentado aquí todo el día.

—Magnífico —replicó Magnus—. Voy a echar una siesta. —Cogió una manta arrugada que estaba tirada en el suelo y en ese momento sonó el móvil de Jace. Magnus lo observó, inmóvil a medio camino, mientras Jace rebuscaba en el bolsillo y abría el teléfono.

Era Isabelle.

—¿Jace?

—Sí. Estoy en casa de Magnus. Creo que estoy haciendo progresos. ¿Qué pasa?

—Vuelve —dijo Isabelle, y Jace se sentó, tenso. El cojín cayó al suelo. La voz de Isabelle sonaba nerviosa. Jace notó que se le quebraba, como las notas de un piano desafinado—. Al Instituto. Inmediatamente, Jace.

—¿Qué es? —preguntó él—. ¿Qué ha pasado?

Vio que Magnus se incorporaba también y dejaba caer la manta.

—Sebastian —contestó Isabelle.

Jace cerró los ojos. Vio sangre dorada y plumas blancas esparcidas sobre un suelo de mármol. Recordó el apartamento, un cuchillo en sus manos, el mundo a sus pies, Sebastian agarrándolo de la muñeca, sus infinitos ojos negros mirándolo con una expresión de oscura y tenebrosa diversión. Comenzaron a pitarle los oídos.

—¿Qué pasa? —La voz de Magnus interrumpió los pensamientos de Jace. Se dio cuenta de que ya estaba en la puerta, con el móvil otra vez en el bolsillo. Se volvió. Magnus estaba tras él con expresión seria—. ¿Es Alec? ¿Está bien?

—¿Y a ti qué te importa? —replicó Jace, y Magnus hizo una mueca de dolor. Jace no creía haberlo visto nunca hacer eso. Fue lo único que impidió que diera un portazo al salir.

Había docenas de abrigos y chaquetas desconocidos colgando en la entrada del Instituto. Clary sintió el zumbido de la tensión en los

hombros mientras bajaba la cremallera de su abrigo de lana y lo colgaba en uno de los ganchos que se alineaban en la pared.

—¿Y Maryse no te ha dicho de qué se trataba? —preguntó Clary. La voz se le afilaba por la ansiedad.

Jocelyn se había desenrollado del cuello una larga bufanda gris, y ni siquiera miró cuando Luke se la cogió para colgarla de un gancho. Los ojos verdes de Jocelyn iban de un lado al otro de la sala, observando la puerta enrejada del ascensor, el techo abovedado, los deslucidos murales de hombres y ángeles.

Luke negó con la cabeza.

—Sólo que han atacado a la Clave y que teníamos que venir lo antes posible.

—Es ese plural lo que me preocupa. —Jocelyn se enrolló el cabello en un moño bajo—. Hace años que no he entrado en el Instituto. ¿Para qué me quieren a mí aquí?

Luke le apretó el hombro para tranquilizarla. Clary sabía lo que temía Jocelyn, lo que todos temían. La única razón por la que la Clave querría tener allí a Jocelyn era porque tenían noticias de su hijo.

—Maryse ha dicho que estarían en la biblioteca —informó Jocelyn. Clary los guio. Oía a Luke y a su madre hablando tras ella, así como el suave sonido de sus pasos. Los de Luke más lentos que antes. No se había recuperado totalmente de la herida que casi lo había matado en noviembre.

«Sabes por qué estás aquí, ¿no? —le susurró una vocecilla en la cabeza. Sabía que no estaba realmente ahí, pero eso no la ayudaba. No había visto a su hermano desde la batalla del Burren, pero lo llevaba consigo en algún trocito de su mente, un fantasma intrusivo y no deseado—. Por mí. Siempre has sabido que no me había ido para siempre. Te dije lo que iba a pasar. Te lo expliqué claramente.

»Erchomai.

»Voy de camino.»

Habían llegado a la biblioteca. La puerta estaba medio abierta, y

un murmullo de voces salía a través de ella. Jocelyn se detuvo un momento con el rostro tenso.

Clary puso la mano en el pomo.

—¿Estás lista? —Hasta ese momento no se había fijado en cómo iba vestida su madre: vaqueros negros, botas y un jersey negro de cuello alto. Como si, sin pensarlo, se hubiera puesto lo más parecido al equipo de combate.

Jocelyn hizo un gesto de asentimiento a su hija.

Alguien había apartado todos los muebles de la biblioteca y había dejado un gran claro en el centro de la sala, justo sobre el mosaico del Ángel. Ahí habían colocado una enorme mesa, un gran tablero de mármol sobre dos ángeles de piedra arrodillados. Alrededor de la mesa estaba sentado el Cónclave. Clary conocía de nombre a algunos de los miembros, como Kadir y Maryse. Otros sólo eran caras que le sonaban. Maryse estaba de pie, contando con los dedos mientras citaba los nombres en voz alta.

—Berlín —dijo—. Sin supervivientes. Bangkok. Sin supervivientes. Moscú. Sin supervivientes. Los Ángeles...

—¿Los Ángeles? —lo interrumpió Jocelyn—. Ésos son los Blackthorn. ¿Están...?

Maryse pareció sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta de la llegada de Jocelyn. Pasó sus azules ojos sobre Luke y Clary. Parecía pálida y agotada, el cabello echado hacia atrás con severidad, una mancha... ¿vino tinto o sangre? en la manga de la chaqueta hecha a medida.

—Hubo supervivientes —contestó—. Niños. Se encuentran en Idris.

—Helen —dijo Alec, y Clary pensó en la chica que había luchado con ellos contra Sebastian en el Burren. La recordaba en la nave del Instituto, con un niño de cabello castaño al que agarraba por la muñeca. «Mi hermano Julian.»

—La novia de Aline —soltó Clary, y vio que el Cónclave la miraba con una hostilidad mal disimulada. Siempre lo hacían, como si

quien era y lo que representaba les hiciera imposible verla de verdad. «La hija de Valentine. La hija de Valentine»—. ¿Está bien?

—Estaba en Idris, con Aline —contestó Maryse—. Sus hermanos pequeños han sobrevivido, aunque parece haber ocurrido algo con su hermano mayor, Mark.

—¿Algo? —preguntó Luke—. ¿Qué está pasando exactamente, Maryse?

—No creo que sepamos toda la historia hasta que vayamos a Idris —respondió Maryse, mientras se aplanaba el ya aplastado cabello—. Pero ha habido ataques, varios en dos noches, en seis Institutos. No estamos seguros aún de cómo pudieron entrar en los Institutos, pero sabemos...

—Sebastian —intervino la madre de Clary. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones negros, pero Clary sospechaba que de no haberlas tenido así, serían unos puños apretados—. Ve directa al grano, Maryse. Mi hijo. No me habrías llamado si no fuera él el responsable. ¿Verdad? —Jocelyn miró a Maryse a los ojos, y Clary se preguntó si habría sido así cuando ambas pertenecían al Círculo, con los afilados bordes de sus personalidades soltando chispas al rozarse.

Antes de que Maryse pudiera decir nada, la puerta se abrió para dejar paso a Jace. Estaba enrojecido por el frío, con la cabeza desnuda, el cabello rubio revuelto por el viento. No llevaba guantes y tenía las puntas de los dedos rojas, las manos con cicatrices de Marcas nuevas y viejas. Vio a Clary y le dedicó una rápida sonrisa antes de sentarse en una silla que había contra la pared.

Luke, como de costumbre, trató de reinstaurar la paz.

—¿Maryse? ¿Es Sebastian el responsable?

Maryse respiró hondo.

—Sí, lo es. Y tenía con él a los Oscurecidos.

—Claro que es Sebastian —intervino Isabelle. Había estado mirando fijamente la mesa hasta que alzó la cabeza. Su rostro era una máscara de odio y rabia—. Dijo que venía, ¿no? Bueno, pues ya ha llegado.

Maryse suspiró.

—Supusimos que atacaría Idris. Eso era lo que todas las informaciones indicaban. No los Institutos.

—Así que ha hecho lo que no os esperabais —intervino Jace—. Siempre hace lo que no se espera. Quizá la Clave debería hacer sus planes pensando en eso. —Jace bajó la voz—. Os lo dije. Os dije que querría más soldados.

—Jace —lo reprendió Maryse—. No estás ayudando.

—No era mi intención.

—Yo habría pensado que atacaría primero aquí —comentó Alec—. Dado lo que Jace estaba diciendo antes, y es verdad... todos a los que ama u odia están aquí.

—No ama a nadie —soltó Jocelyn.

—Mamá, déjalo —pidió Clary. El corazón le latía con fuerza, angustiado; pero al mismo tiempo sentía un extraño alivio. Todo ese tiempo esperando a que llegara Sebastian, y ya lo había hecho. La espera había acabado. La guerra iba a comenzar—. ¿Y qué se supone que debemos hacer? ¿Fortificar el Instituto? ¿Ocultarnos?

—Déjame que lo adivine —dijo Jace con una voz cargada de sarcasmo—. La Clave ha pedido una reunión del Consejo. Otra reunión.

—La Clave ha pedido la evacuación inmediata —repuso Maryse, y al oír eso todos callaron, incluso Jace—. Todos los Institutos deben quedar vacíos. Todos los Cónclaves deben regresar a Alacante. Las salvaguardas que rodean Idris se doblarán desde mañana. Nadie podrá entrar ni salir.

Isabelle tragó saliva.

—¿Cuándo nos marchamos de Nueva York?

Maryse se cuadró. Había recuperado algo de su aire arrogante, la boca apretada en una fina línea, el mentón marcado con decisión.

—Id a hacer las maletas —contestó—. Nos marchamos esta noche.